



**Juli
Min**
Shanghaianders

AdN

Juli Min

Shanghailanders

Traducido del inglés por Laura Vidal

AdN

Título original: *Shanghailanders*

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o ejecutada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



SHANGHAILANDERS © 2024 by Juli Min

© de la traducción: Laura Vidal, 2025

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S.A.), 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-76-6

Depósito legal: M. 27.121-2024

Printed in Spain

Tanta charla no era más que una cortina de humo.
Detrás de esa cortina, estaban cogidos de la mano.
Para ese sentimiento no había palabras.
Eileen Chang, *Half a Lifelong Romance*

No podemos volver atrás.
Eileen Chang, *Half a Lifelong Romance*

Un shanghainés auténtico

Enero de 2040

Leo subió al andén del tren de levitación magnética. El *maglev* hacía su trayecto número 2025 659 a Shanghái. En dos direcciones, ida y vuelta, del aeropuerto al centro de la ciudad, del centro de la ciudad al aeropuerto. Ocho minutos en cada sentido, todos los días del año. Leo hizo el cálculo después de una ojeada confirmatoria a los horarios y a la frecuencia del servicio. Le gustaba actualizar el dato cada vez que viajaba, algo que hacía más a menudo desde 2036, el año en que su hija mediana, Yoko, se fue a estudiar a un internado en Boston; poco después la siguió Yumi, que cruzaba volando medio mundo dos veces al año también para estudiar, pero en la universidad.

Estaba absorto pensando en su mujer y sus hijas, de las que se había despedido delante de los controles de seguridad. Estarían llegando ahora al vestíbulo (comprobó su reloj) y enseñando sus tarjetas de embarque antes de dirigirse a la puerta 26B, PVG-BOS. En cuanto las chicas aparcaran sus maletas plateadas a juego, Yumi se iría de compras; Yoko, al bufé. Siempre que estaba nerviosa, comía. Su mujer, Eko, estaría buscando cómo cargar el móvil, que siempre tenía casi

sin batería. Las imaginó a las tres entregadas en silencio a sus tareas respectivas. Dibujó en su cabeza un mapa de la terminal, con sus puertas, tiendas y pasillos móviles.

El *maglev* entró en la estación y esperó detenido, pero con el motor en marcha. Faltaba un minuto, sabía Leo, para que las puertas pitaran y se abrieran. Una auxiliar de cabina joven, pero no demasiado, se situó junto a estas y frente a Leo. Pero no lo miraba. Mientras se bajaba un chaleco que le quedaba pequeño, la auxiliar pensaba en lo relativo de su juventud, en lo relativo de su delgadez. Leo tampoco la miraba a ella. Estaba pensando en cómo no había querido que Eko hiciera el viaje con las chicas. La discusión la había empezado él, de eso era consciente. Pero su mujer la había subido de tono. Primero había sido culpa de ella, luego de él, después de ella. La aburrida historia de siempre.

«Las chicas pueden viajar solas —había dicho él—. Lo han hecho muchas veces». Yumi y Yoko no necesitaban a su madre para coger un avión de vuelta a sus clases. Como tampoco necesitaban que les hicieran sus dos camas individuales extralargas. Leo esperaba algo más de ellas. ¿De verdad eran tan poco extraordinarias? ¿Tan infantiles? A su edad, Leo ya llevaba años arreglándoselas solo, casi una década.

Sin embargo, Eko, con inexplicable obstinación, había insistido y lo había dejado en casa solo con Baby Kiko. También había insistido en que fuera a despedirlas al aeropuerto. En esto había insistido mucho, había dicho que, si no las acompañaba hasta donde les estaba permitido ir a quienes no viajaban, las chicas percibirían su falta de cariño, su falta de preocupación. No paró de decir esas cosas, de hablar en nombre de las chicas, haciéndole sentir culpable. ¿Sobre qué? ¿Sobre no acompañarlas en el viaje? Tal vez era Eko la que quería ser acompañada, que la llevara cogida de la mano durante todo el viaje. Su lado japonés exigía esos gestos. Gestos innecesarios.

rios, irracionales. Pero el caso es que lo dijo con todas las palabras, formuló la acusación. Y, una vez hecha, una vez salió de sus labios, Leo estaba obligado a ir, ¿verdad? Porque, incluso si solo era verdad a medias, ¿cómo podría vivir con ella?

Mientras buscaba asiento en el tren, imaginó a Yumi y a Yoko acomodándose en los suyos, ambos de ventanilla, en las dos primeras filas del avión, los que Leo siempre les reservaba. Verían Shanghái desdibujarse hasta desaparecer. Verían la ciudad a sus pies, su vasta extensión, sus ríos, el agua que había discurrido por sus fronteras terrestres despacio durante los últimos doscientos años, y deprisa durante los últimos veinte.

La verticalidad de la ciudad y su tridimensionalidad no hacían más que crecer. Hacia las nubes. Por todas partes, agua que serpenteaba por entre los bloques de edificios igual que hierro fundido. Los paisanos de Leo, sus antepasados habían construido aquella ciudad sobre un pantano. El suelo llevaba su sangre.

Las pruebas de ADN que se había hecho diez años antes con Eko y las chicas apenas revelaron otros orígenes; en el mapa del mundo, los ancestros de Leo eran todos puntitos color rosa concentrados alrededor de Shanghái. En realidad, los resultados habían sido anticlimáticos. La única novedad que revelaron fue un patrón de alopecia masculina en halo y una alta probabilidad a sufrir pérdida de memoria a edad avanzada. Eko era en su mayor parte japonesa, con algo de sangre china, coreana y siberiana. Se acordaría de todo siempre. Excepto de cargar el móvil.

En cuanto a sus niñas, panasiáticas, los resultados de sus pruebas de ADN habían sido los esperables, dadas las genéticas de Eko y suya. Leo se corrigió a sí mismo: no eran niñas, sino mujeres jóvenes. Sabía que llamarlas niñas las infantilizaba. Sobre todo teniendo en cuenta que él era el único que las empujaba a madurar.

—Tienen su libertad, su independencia —había dicho Eko.

—Es que son cosas distintas —la rebatió Leo—. Precisión en el lenguaje, por favor. Ellas hacen lo que quieren, pero tú las tratas como si fueran niñas.

—Todavía son jóvenes, Leo —respondió Eko—. No todo el mundo tiene que crecer a la misma velocidad que tú. ¿Y no te has parado a pensar que quizá quiero pasar tiempo con ellas?

Y había tenido la desfachatez de añadir que él era el que necesitaba desasirse. Si había algo que llevaba haciendo toda su vida, era eso.

Shana era la auxiliar más joven a bordo del *maglev*. Y probablemente la más gorda. Su anterior jefe la había readmitido después de que le expusiera su situación. Su marido había muerto y había mandado a sus hijos a vivir al campo, con sus abuelos. Volver al trabajo había sido, hasta cierto punto, un alivio. Después de lo mucho que había soñado con la vida de casada, con criar un hijo, todo había resultado de lo más duro. Su marido, que había crecido en Francia, que era un hombre inteligente, que había sido un niño prodigio, nunca había logrado darle la vida que Shana había imaginado.

Lo conoció en la línea de alta velocidad que unía Shanghái y Pekín. Por entonces, diez años atrás, ella tenía veintidós años y era una belleza. Recorría los pasillos del tren repartiendo toallas calientes a los pasajeros y era objeto de miradas, de cumplidos a su melena, tupida, larga y negrísima. Los hombres se volvían a mirarla cuando pasaba junto a ellos. Los veía por el rabillo del ojo mientras repartía paño caliente tras paño caliente por el vagón.

—¿Cómo te llamas?

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en el tren?

—¿De dónde eres?

Shana. Cuatro años. Kunshan. Nelson, mucho mayor que ella, pero juguetón y coqueto, la había bombardeado a preguntas más allá de las que acostumbraba a recibir de hombres que viajaban solos. Y, cuando llegaron a Pekín, remoloneó dentro del tren. Dijo que no quería bajarse mientras ella siguiera a bordo. Bajaría solo si lo acompañaba. Montó un número, agarrado al brazo de su asiento mientras su amigo tiraba de él. Quedaron más tarde y él la convenció de que dejara su trabajo y se fuera a vivir con él. A los seis meses estaban casados. Esperaron los dos años de rigor antes de intentar tener un hijo, a que el cuerpo de ella estuviera limpio del envenenamiento potencial de trabajar en el *maglev*. Michael nació al poco.

El jefe de Shana no pareció muy contento cuando esta lo contactó unos meses atrás con el deseo de volver a trabajar en el tren. Ya no quedaban vacantes para primera clase en la ruta Shanghái-Pekín, le dijo. «¿Y en el tren lento?», preguntó Shana. Después de un largo silencio, el jefe contestó: «Hay una vacante en el *maglev* del aeropuerto de Pudong». El *maglev* del aeropuerto no era un trabajo de primera categoría. Hacía un trayecto corto, entre el aeropuerto y el centro de la ciudad. No era glamuroso, como el *maglev* entre Shanghái y Pekín o el que unía Shanghái y Hong-Kong, de reciente construcción y dos horas de trayecto. Era la versión antigua de la tecnología actual; se había quedado arcaico. Era un tren inútil, en realidad, una trampa para turistas, un ensayo. Lleno de viajeros cargados con enormes maletas y un poco perdidos.

Shana había ganado peso. En todos los vagones trabajaban muchachas guapas. Sus chalecos descansaban ligeros en sus minúsculas cinturas. El suyo la apretaba, le quedaba corto y se le subía todo el rato. Echaba de menos su vida antes de Nelson; echaba de menos partes de su vida con Nelson. Ahora volvía a ser una trabajadora. Volvía a ser una chica del

tren. Se encajó el sombrero azul y se bajó el chaleco mientras los pasajeros subían al tren.

¿Cuál era la verdadera razón de que Eko tuviera que ir? Había terminado por reconocer que sus hijas ya no eran unas niñas pequeñas. Cogían aviones constantemente, a Kioto, a Tokio, a París; eran una viajeras experimentadas. ¿Qué escondía, entonces? ¿Cuál era su verdadero motivo para acompañarlas? Leo se lo había preguntado una, dos, tres veces. Con cada pregunta, sabía que las probabilidades de obtener una respuesta directa eran menores. Eko podía ser muy obstinada. Pero él también. Eko siempre pasaba de puntillas por la verdad; en cambio, Leo la sacaba a la luz, la desenterraba de lo más hondo.

La idea se le ocurrió sentado en el *maglev*: una esquirra de idea que era mezquina y fea pero a la que miraría a la cara, sin temor. En realidad, Eko no se iba para estar con sus hijas. Se iba para no estar con él. Quizá en busca de algo nuevo. Quizá incluso al encuentro de algo, de alguien, no tan nuevo.

El pánico y la ira lo recorrieron igual que un río, así que cerró los ojos y contó hasta diez, concentrándose en la respiración, tal y como su nuevo terapeuta, el doctor Zhu, le había enseñado. «¿Y qué?». Otra pregunta que había aprendido a hacerse. «¿En qué cambiaría mi vida?». ¿Y qué indicios tenía? ¿Qué pruebas?

«¿Y qué?».

Tómate un momento y piensa en el presente, en algo agradable.

El *maglev*, con sus asientos azul desvaído, haría el mismo trayecto de ida y vuelta, iría y volvería. ¿Para la eternidad? Hasta que lo desmantelaran, lo retiraran del servicio. Leo pensó en su viejo caballo, Py, al que pronto habría que sacri-

ficar. El semental vivía en el hotel cercano a la granja que habían comprado en 2032, cuando él estaba en el apogeo de —¿cómo le gustaba llamarlo al doctor Wen?— ah, sí, el apogeo de su «trastorno delirante».

Sin embargo, no se arrepentía. La granja, la casa en las montañas de Vancouver, el barco amarrado a la orilla de la isla de Changxing, la casa de pueblo en Zhejiang, con su sótano lleno de reservas de agua y lingotes de oro, los ponis, el viñedo en Francia... En su fuero interno seguía convencido de que el mundo se iría a la mierda en cualquier momento. De que el armazón que sostenía sus vidas actuales se derrumbaría de forma completa e inesperada.

Él y ellas —las chicas, Eko— tendrían que sobrevivir. Eran demasiado importantes. «¿Para quién?», había preguntado el doctor Wen. Para él, por supuesto. Y ¿quién sabe? Quizá para el mundo, para el futuro de la humanidad.

El *maglev* empezaba a llenarse y una mujer joven se sentó enfrente de Leo. Sus manos jugueteaban con un sombrero rojo que hacía juego con su abrigo rojo y también, tal y como comprobó Leo con una rápida ojeada, con su color de labios rojo. Estaba nerviosa.

Era la primera vez que Mary viajaba en *maglev*, y también su primera vez en Shanghái. Iba de camino a encontrarse con un hombre, alguien que había conocido por WeChat un año antes. Le había enviado dinero para el billete de avión, y también para el viaje en el *maglev*, como si fuera un premio coger este tren rápido del aeropuerto a la ciudad, donde él la estaría esperando. A Mary el *maglev* le daba igual; habría preferido que el hombre le hubiera mandado dinero para gastos. ¿Y no habría sido más amable de su parte recibirla en el aeropuerto? Aquello no pintaba bien. Miró a su alrededor. Al otro

lado del pasillo viajaba un hombre atractivo con un abrigo de cachemir de aspecto caro. Abundante melena ondulada ligeramente moteada de blanco en la sienes. ¡Un shanghainés auténtico!

Las puertas del tren silbaron al cerrarse y el tren se puso en marcha, su tersa aceleración se mostraba en una pantalla de la cabecera del vagón con dígitos que pasaron rápidamente de 1 a 400 kilómetros por hora. A pesar del nerviosismo que le causaba el viaje, Mary no pudo evitar sentirse impresionada por la velocidad.

Shanghái zumbaba al otro lado de la ventana. Discurría tan raudo que no era más que un borrón de colores. Mary no distinguió gran cosa. Estaba esperando los edificios altos, la marea de coches, las personas elegantes paseando de la mano por el Bund.

Pero estaba aún en las afueras de Pudong. Mary vio un paisaje que le resultaba familiar: casas, terrenos de cultivo, agricultores diminutos y anónimos caminando a lo lejos. Era el mismo que en su pueblo natal, donde sus padres cultivaban coles que después se vendían en los mercados, en ocasiones hasta de Shanghái. Mary había pensado en ello a menudo mientras las metía en sus cajitas: «Incluso estas coles van a conocer Shanghái antes que yo».

Mary tenía intención de visitar el edificio más alto del mundo. De hacerse fotos en el Bund. Viajaría en la burbuja flotante que baja por la torre de la Tranquilidad. Se vestiría de sirena y nadaría con las tortugas en el acuario. Todas las cosas por las que había pagado tókenes para ver en una pantalla se harían realidad muy pronto.

El deseo de marchar lo había tenido siempre. Había nacido con él, era tan intrínseco y extraordinario como su belleza. Y Mary había cultivado ambas cosas. Cuando su familia recibió la pantalla doméstica del Gobierno cinco años atrás,

todo fue a peor. Mary empezó a pasar horas cada día delante ella, recorriendo calles simuladas de Shanghái. Sorbiendo café virtual. Charlando con desconocidos mientras tomaba copas en bares del Bund. En Shanghái a nadie le importaría que tuviera veinticinco años. Había oído que en la ciudad algunas mujeres no se casaban hasta los cuarenta. Quince años... quince años daban para una vida entera.

Mary había dejado una nota de voz a sus padres en la pantalla familiar. Sus padres no habían aprendido a leer; apenas sabían usar la pantalla. Pero verían parpadear la luz verde y pulsarían el botón. Sonaría la voz de Mary, contenida, firme. «Ma, Ba, me voy a Shanghái. No me busquéis. Mandaré dinero». Había llenado una bolsa pequeña con su ropa más bonita.

Mary no era más que una chica de Anhui, pero sabía que llamaba la atención. Era de baja estatura, pero tenía una cara que era prácticamente perfecta en cuanto se arreglaba los ojos. Bastaba con pegarse finas tiras de cinta adhesiva transparente y soluble en el párpado superior. De esta manera creaba un pliegue en el párpado y el ojo doblaba su tamaño. Con los años había perfeccionado el ángulo y la colocación de la tira hasta crear la forma correcta: le gustaba un ojo más cuadrado que redondo. Mary miraba de tanto en tanto por la ventana y reparaba en el movimiento fluido del tren. Ah, ahora trazaban una curva, notaba el tren levantarse a su izquierda, doblándose para torcer. Casi tenía la sensación de ir a caerse al pasillo. ¿La ayudaría el hombre atractivo a volver a su asiento?

Mary se miró en su espejito de mano. Aquel día tenía bien los ojos. Había días de ojos buenos y malos. Cada noche antes de irse a la cama se limpiaba los restos pegajosos de la cinta adhesiva y su gruesa piel se deshacía poco a poco del pliegue artificial de los párpados. Mary había leído sobre ca-

sos en que años de cinta adhesiva habían terminado por adiestrar los párpados de personas hasta el punto de conservar el doble pliegue, pero ella cada mañana se encontraba los mismos ojos pequeños y rasgados con la consabida expresión: aburrida y plana.

Mary odiaba las mañanas, en parte por el aspecto que tenía al levantarse: su yo original. A pesar de que llegaba tarde con demasiada frecuencia a su trabajo en el hotel, siempre encontraba tiempo para ponerse la cinta adhesiva. En su estrecho cuarto de baño, el espejo, rodeado de un anillo de luz, estaba festoneado con trocitos de cinta que no habían cumplido los requisitos. Cuando se encendía parecía un sol con muchos rayos. O un león de espesa melena. O un melocotón infestado de un ejército de gusanos.

Cuando llegara a Shanghái y conociera por fin a Xin, esperaría un tiempo antes de pasar la noche con él. Había decidido operarse los ojos en el Noveno Hospital Popular, famoso por su cirugía plástica. Adiós a la cinta adhesiva, ¡qué liberación! La sola idea la llenaba de felicidad, más que conocer a Xin. Miró de reojo al hombre sentado a su lado. Podía aspirar a más.

Cuando volvió a mirar por la ventana, el paisaje había cambiado. Ahora circulaban a gran velocidad entre bloques de altos edificios de apartamentos, algunos todavía en construcción. Las grúas alargaban sus cuellos metálicos hacia el cielo.

Shana reconoció al hombre del asiento 14C y vaciló. En todos los años que llevaba trabajando en trenes había coincidido varias veces con algún simpático viajero habitual, pero nunca con alguien de su vida personal. Se bajó el chaleco y se alisó las arrugas que se le clavaban en la piel. La cara del

hombre le resultaba familiar, pero el nombre no le venía a la cabeza hasta que, de pronto, recordó de qué lo conocía. Era amigo de Nelson, de la universidad. Habían partido de la misma línea de salida, pero Nelson se había salido de la pista y, después, muerto. Mientras avanzaba por el pasillo, Shana estudió al hombre. Estaba más mayor, pero seguía siendo atractivo. Al pasar a su lado giró la cara en silencio para que no la viera. Recordó oír a Nelson hablar de este hombre, Leo. Sí. Ahora le venía a la mente, el nombre y todo lo demás. Leo había tenido suerte como inversor temprano en el mercado inmobiliario. Había comprado varios apartamentos cuando Shanghái aún era barato. Recordó a su mujer francojaponesa, distante y bonita, que siempre hablaba en francés a sus tres hijas pequeñas. La familia entera había ido en una ocasión a cenar a casa, a la casa de Anfu Lu, la bonita casa de piedra y ladrillo que Nelson alquiló cuando les prestaron el capital inicial para el Café Je t'aime. Hacía las veces de casa y también de oficina. Una casa sigilosa y llena de secretos, en la que siempre había alguien saliendo de una habitación, doblando una esquina, terminando una reunión, haciendo tiempo en el patio. Olía a café recién hecho a todas horas. Había posos alojados en cada muesca de cada mesa, en cada escritorio, en las rendijas entre las teclas de los ordenadores.

Leo y Eko habían llevado a sus hijas a la cena. De aquella noche, Shana recordaba haberse fijado en lo mucho que se daban la mano. Las manos de la pareja siempre estaban en contacto, acariciándose con los dedos. Pero el gesto no resultaba grotesco; sino bonito. Porque las manos de la mujer eran bonitas: elegantes, largas y con una hermosa manicura. Y también las manos de Leo eran bonitas, grandes y cuadradas. Shana imaginaba su abrazo: cálido, seco, suave. Las niñas eran encantadoras, con caras precozmente bellas rematando cuerpos infantiles. Viajaban como si fueran un séquito. Su

presencia irradiaba riqueza. Ya por entonces, después de que dos negocios de Nelson hubieran fracasado. Shana empezaba a presentir las limitaciones de su marido, que nunca podría darle lo que aquella familia tenía.

Al final de la velada, después de las despedidas, Shana salió a tirar la basura. Fue entonces cuando los oyó, a Leo y a Eko, y a continuación los vio a la luz de una farola a unos edificios de distancia. Leo gritaba, Eko lo miraba furiosa. La luz permitía ver sus rostros con claridad. ¿Dónde habían dejado a sus hijas? Shana recordó aquellos rostros, recordó su preocupación por las niñas, lo vio todo con el ojo de su imaginación.

Leo miró por la ventana; circulaban por un puente. Leo volvía a una casa vacía y odiaba las casas vacías. Durante muchos años sus viajes de negocios habían terminado con explosiones de energía y alegría: en cuanto cruzaba la puerta de casa, las niñas corrían a sus brazos abiertos y emitían chillidos de felicidad a medida que se iba sacando regalitos de los bolsillos del abrigo. Los cálidos besos de su mujer en la mejilla, a pesar de la barba inevitablemente crecida.

Ahora, en cambio, sabía lo que lo esperaba al llegar, con las chicas mayores fuera y Yukiko por ahí con sus amigos o simplemente demasiado *cool* para esperarlo levantada. Un plato de fruta cortada tapado con plástico dejado en la mesa del comedor por la empleada doméstica y una Pepsi fría en la nevera. El refresco azucarado de cola era su único vicio nocturno, su fiesta de bienvenida a casa.

Mejor, pues, salir, caminar entre gente mientras resolvía mentalmente problemas. Problemas de trabajo, de gestión, los que menos le gustaban, y, por fin, problemas matemáticos, su bálsamo, su solaz. Aunque a aquellas alturas no eran

más que un pasatiempo, Leo seguía dedicando mucho tiempo a las matemáticas. Varios años atrás había empezado a revisar los cimientos de su andamiaje intelectual. Se había convencido: el auge del intuicionismo, la naturaleza no determinista del universo, nuestra incapacidad para conceptualizar la finitud, el inevitable colapso de la civilización... El pasado servía tanto para predecir el futuro como el futuro para pronosticar el pasado.

El mérito, o quizá la culpa, era de Yoko. Ella, su hija mediana, había sido la única interesada en los números, en las teorías. Cuando Leo le regaló *Breve historia del tiempo* por su décimo cumpleaños, lo había inhalado, igual que él de niño. Yoko estaba cortada por el mismo patrón que su padre. Había reavivado en él una pasión, largo tiempo olvidada, por todas las preguntas fundamentales. La flecha del tiempo, los límites de nuestra comprensión, la cuestión de la infinitud. Hasta el verano pasado, Leo había trabajado con ella analizando los *Elementos* de Euclides.

Recientemente había estado acariciando la idea de reformular su propia especialidad, ingeniería y física, a través de una lente intuicionista. Porque cada vez era más evidente que la mecánica clásica no representaba la verdad del mundo, del universo. Todo lo que Leo había creído sobre precisión infinita requería ser repensado. Quizá así entendería por qué la información es creada en lugar de revelada y cómo predecir, incluso cómo renunciar a predecir, el cambio. Cuando Yoko era más pequeña, solía hacer sus problemas de secundaria en la oficina de Leo mientras este solucionaba los suyos. Siempre que el resto de la familia los encontraba trabajando en silencio codo con codo, hacían bromas. «Papá y Yoko siempre pensando en el infinito».

Ahora Yoko estaba de vuelta en la universidad, donde estudiaba con expertos en la materia, sin su padre. Leo tuvo

una punzada de añoranza. Su Yoko era especial. Todas sus hijas lo eran, sin duda. Pero ella... quizá ella encontrara la respuesta a todo.

¿Quién no le quitaba la vista de encima? Leo se sentía mayor para estos juegos. Y, sin embargo... Se olvidó del cansancio. No pudo evitar fijarse en el labio rojo y carnosos, el ojo delineado, las piernas esbeltas, desnudas, que asomaban debajo de la minifalda y el abrigo rojo. Mujeres. El mundo estaba lleno de ellas. Se miraron un momento a los ojos y apartaron la vista. Al otro lado de la ventana, el paisaje era de acero, hierro, cielo y nubes. Leo abrió y cerró las palmas y apretó la mandíbula. El antiguo animal que llevaba dentro... le gustaba ser mirado, admirado. A su mediana edad, seguía resultando atractivo. Para cierto tipo de chicas. No jóvenes exactamente, pero sí mujeres aún jóvenes. Mujeres que saben quiénes son. Chicas con mundo.

Leo volvió la vista al otro lado del pasillo. Pero la chica de rojo no lo miraba a él, sino a la ventana. Pasó otro *maglev* como una exhalación por la vía contraria. En respuesta, el tren en el que viajaban se estremeció. La mujer se sobresaltó y miró a su alrededor, asustada.

Sus ojos se encontraron de nuevo con los de Leo y en su cara había escrito temor, una pregunta: «¿Es normal esto? ¿Es así como deben ser las cosas?». De manera que era su primera vez en aquel tren. Leo le dedicó una sonrisa tranquila, reconfortante.

El *maglev* era rápido y pronto estarían recogiendo el equipaje, bajando al andén, transportando las maletas por escaleras mecánicas y ascensores. Con el movimiento, con la marea de gente, la electricidad en el aire se disiparía.

Pero entonces, y de forma inesperada, el tren aminoró la marcha. Leo miró bajar el número de la pantalla. Cayó y cayó hasta tener un único dígito y, al llegar al cero, se detuvo.

Los pasajeros se miraron. Algo ocurría. Leo se levantó e inspeccionó el pasillo. Había más personas mirando a su alrededor y por las ventanas. Un murmullo fue creciendo de intensidad. «¿Qué pasa?». A Leo se le ocurrió por un instante que quizá había estallado ya, esa guerra que pondría de rodillas a todo el país. El principio del apocalipsis. El fin del mundo. Pero ahuyentó el pensamiento. El fin del mundo nunca terminaba de llegar y años atrás había decidido quitárselo de la cabeza.

Sintió la urgencia de sacar una fotografía de la escena. Quería documentar aquel momento, tal y como le había gustado hacer en el pasado. Quería enseñársela a su mujer y contarle lo sucedido. Tenía ganas de hablar. Leo siempre tenía ganas de hablar. El problema era que Eko ya no escuchaba. Había estado años hablándole sin que le hiciera caso. Al final había dejado casi de dirigirle la palabra. No es que quisiera castigarla. Ella había perdido el interés y, como resultado, él también.

¿Deberían haber vuelto a Francia? ¿Deberían haber pasado más tiempo en Kioto? ¿Quién habría supuesto que él, que los dos, seguirían en Shanghái después de tantos años, que seguirían viviendo en su ciudad natal? En teoría por su trabajo, sí. Pero, en realidad, ¿no los había obligado a todos a vivir allí para nada? ¿Habrían sido una familia distinta en Francia, en Japón? ¿Qué clase de familia?

Shana avanzó por el pasillo evitando las cabezas que sobresalían de los asientos. Entró en la estrecha cabina del revisor, donde había ya varios auxiliares apelotonados.

—Hemos chocado contra algo. Íbamos a demasiada velocidad para verlo.

—Pero ¿qué era? ¿Estaba en la vía?

—No ha podido ser una persona, ¿verdad? —preguntó Shana.

Al cabo de unos instantes, el conductor negó con la cabeza.

—No creo.

—Pero no lo has visto.

—¿A qué ha sonado?

—Como un pequeño estallido.

—¿Quién va a salir a mirar?

El conductor llamó por teléfono a la autoridad de transportes. Estaban de camino. Tendrían que inspeccionar el tren antes de autorizarlo a reanudar la marcha.

Shana no había estado nunca en un accidente en el tren. Cuando empezó a trabajar de auxiliar habían ensayado regularmente para esta clase de situaciones, pero siempre había participado con escaso entusiasmo. Nunca había sido la más diligente. Pero sí la más joven y bella.

Todos esos ensayos parecían pertenecer a otra vida, antes de Nelson, antes del duro reinicio que supuso su muerte. Shana tenía el corazón desbocado. Estaba agitada, nerviosa y también asustada. Pero el vagón sería responsabilidad suya. Se sentía igual que cuando su hijo echaba a correr por las rocas para cruzar al otro lado de un río. «¡Ma!», gritaba y ella contenía la respiración y se obligaba a saltar de roca en roca con idéntica confianza. No quería enseñar a su hijo a tener miedo de nada.

—Pueden estar tranquilos —dijo el conductor al regresar al vagón—. No hay ningún problema. Vamos a hacer una rápida comprobación del sistema y enseguida reanudaremos el viaje. Gracias por su paciencia.

Vio que Leo la miraba y a continuación consultaba el reloj. No la había reconocido. Vio a la chica sentada al otro lado del pasillo temblando de miedo y mirando a su alrededor con ojos desorbitados e indefensos. «Ayuda», decía sin

hablar. Era alguien que llevaba toda la vida recibiendo ayuda. La chica era bonita. No, era guapa. Parecía una muñequita. Shana se agotó solo de mirarla. Últimamente estaba siempre agotada.

Cuando el tren se detuvo, Leo imaginó que las puertas se abrían. Saldría, saltaría de las vías elevadas a la hierba. Llevaba años sin ser feliz. Pensó en coger a la chica guapa y escapar del tren. Recordó de nuevo la vieja casa a las afueras de la ciudad: campos de cultivo, aristas de cristal buscando arañar el cielo. Los fines de semana con los animales, los juegos de mesa, montar en poni con sus hijas por la montaña.

Leo se imaginó corriendo por los campos, instalándose allí. Sus hijas eran prácticamente adultas. Eko ya ganaba su propio dinero. Aquellos días en la granja habían sido los más felices y Leo podría recrearlos con alguien nuevo. Conservaba la tierra, se la mantenía un granjero vecino que mandaba una gran caja llena de hortalizas a su casa de Shanghái cada semana.

Se escondería allí. ¿Cuánto tiempo tardarían en encontrarlo? ¿Se pondrían de acuerdo para hacerlo? Criaría un hijo, un varón, por supuesto. El niño estudiaría en casa, no le faltaría de nada. Esta vez haría las cosas bien. Podía empezar de cero. Una vida nueva, completamente sostenible.

La chica rebuscó en su bolso y sacó un espejito. Se retocó el color de labios y usó la uña del dedo meñique para pellizcarse los párpados, se estiró la piel en extraños gestos que le daban un aspecto artificial, inhumano. Entonces Leo lo vio con toda claridad: una chica joven con las inseguridades propias de la juventud. Qué cansados eran los primeros años de vida en pareja, años de ajustar, negociar y, en última instancia, ceder. Ese era el problema de Leo. Necesitaba terminar

las cosas, por completo y de manera correcta. No podía haber solo sexo. Tendría que ser una vida, un hijo, una granja, un ecosistema entero. Y nunca conseguiría olvidar quién era, quiénes eran ellas y cómo habían influido en él. Los lazos que tenía con su familia eran ya inextricables, gravitacionales. Al final resultaba que las quería, a todas ellas... Seguía enamorado. Eko aún lo atraía, con sus secretos, sus silencios, su belleza implacable.

El tren arrancó. Los números en la pantalla fueron subiendo despacio; a continuación, deprisa. Una mujer que viajaba con un niño de meses empezó a arrullarlo; el niño daba muestras de agitación. Un hombre joven con pantalón corto y sandalias estiró las largas piernas en el pasillo. Una mujer mayor y su anciana madre siguieron charlando como si nunca hubieran dejado de hacerlo. Todos los pasajeros del tren volvieron a acomodarse en sus asientos y se miraron antes de volver a fijar la atención en sus ventanas. Ya casi habían llegado, ya casi estaban en casa.

Shanghaianders

Una ópera prima deslumbrante que sigue los pasos de una cosmopolita familia de Shanghái en orden cronológico inverso para explorar sus secretos, sus infortunios y las maneras en que las familias se crean y transforman.

2040: El próspero inversor inmobiliario Leo Yang, un auténtico shanghaiés, regresa en tren a la ciudad después de dejar a su familia en el aeropuerto. Su sofisticada mujer franco-japonesa, Eko, y sus dos hijas mayores, Yumi y Yoko, se marchan a Boston, aunque la inminente revelación de una de las hijas pronto las redirigirá a París. 2039: Kiko, la hermana pequeña y aspirante a actriz, decide buscar la fama a cualquier precio, igual que su ídolo, Marilyn Monroe. 2038: Yumi pide ayuda a Yoko cuando tiene graves problemas con las compañeras de cuarto de su residencia universitaria.

Al llegar a 2014, Shanghaianders nos ofrece distintas miradas a la vida de la familia Yang, a través de cada uno de sus miembros y también de personas de su órbita: una niñera llegada de provincias, un chófer aficionado al peligro y una abuela cuyos recuerdos del pasado resuenan en el presente. Atisbamos un futuro en el que el nivel del mar sigue subiendo y la amenaza del apocalipsis nunca está muy lejos. Pero gracias a Juli Min también comprobamos que, por numerosos que sean los cambios, hay realidades que permanecen inalterables: el amor es complejo, la vida no es justa y las familias siempre están inextricablemente unidas por la sangre, los secretos y los anhelos.

AdN

3656070

ISBN 978-84-10138-76-6

